

LA PEQUEÑA ESPOSA DE KENACH

7º 8º

Cuando la santa primavera retornaba, el abad Kenach (quizás san Cainach de Kilkenny) sentía una nostalgia similar a la de un ave migratoria en el sur cuando allí rompen las primeras plateadas yemas de los sauces sus rojizas escamas y el pájaro se apresta a volar hacia su tierra para construir de nuevo su nido en la espesura de un arbusto o bajo el alero de un tejado protector. Y Kenach decía:

«Levabo oculos – Elevaré mis ojos a los montes, de donde ha de venir mi auxilio»

Pues cada año tenía por costumbre abandonar su abadía y peregrinar por los bosques hasta el eremitorio en la ladera de la montaña para pasar allí los 40 días de ayuno y oración en la soledad.

Así, aquel día que llamamos Miércoles de Ceniza, emprendió el camino, mas antes oyó la misa y condujo a sus monjes ante los escalones del altar y allí se arrodilló con gran humildad para recibir del sacerdote la ceniza en forma de cruz. Y en la frente de cada monje era trazada la ceniza con la señal de la cruz, y cada vez que el sacerdote hacía la cruz, repetía las palabras:

«Recuerda, oh Hombre, que polvo eres y en polvo te has de convertir»

Con la ceniza en la frente y el recuerdo del fin de sus días en el alma, encaminó Kenach sus pasos hacia el eremitorio. Siendo hombre de edad avanzada y de ningún modo robusto, le acompañaba Diarmait, uno de los hermanos más jóvenes, por si algún mal le acaecía.

Caminaban por el bosque desnudo, donde aún no se divisaba verdor alguno, salvo franjas de musgo o líquenes en las ásperas cortezas de los árboles y restos de la hierba del año anterior – sólo aquí y allá asomaban algunas campanillas de invierno. Las hojas grises y muertas y las ramas secas crujían bajo sus pies como un fuego de leña recién encendido. Y esa era toda la calidez que sentían en su caminata.

El corto día de febrero ya declinaba cuando ascendieron por la ladera del monte entre pedruscos y helechos secos para alcanzar por fin la entrada de una gruta rodeada de hiedra. Aquella era la ermita. El abad colgó su campana ante la abertura de la gruta, en una gruesa rama. Se arrodillaron y rezaron las vísperas; tres veces tañó el abad la campana para ahuyentar a los malos espíritus de la noche, luego se tendieron a descansar.

Duro era el suelo, pues no yacían sobre lana o plumón, ni sobre brezo o helechos, ni siquiera sobre hojas secas, sino sobre fría roca, y bajo sus cabezas una piedra hacía de almohada. Cansados por la larga caminata, durmieron un sueño profundo y nada sintieron del helado aliento del viento en la ladera de la montaña.

Una hora antes del amanecer, cuando la luna se ocultaba, los despertó el maravilloso canto de un pájaro. Se levantaron para los maitines y se esforzaron por no prestar atención. Mas era tan

singularmente dulce el sonido en la pálida luz lunar de la mañana, que no pudieron evitarlo. La luna se ocultó, mas también en la oscuridad cantó el pájaro, y llegó el alba – y el pájaro calló.

Cuando fue pleno día, vieron que todo el suelo y cada rama de helecho estaban cubiertos de blanca escarcha. Y cada hoja de hiedra tenía un blanco borde de hielo, mas en el interior de la hoja era de un brillante verde oscuro.

«*¿Qué pájaro canta tan dulce antes del alba en el amargo frío?*» – preguntó el abad.

«*Seguro que no fue pájaro alguno, sino un ángel del cielo que nos despertó del sueño de la muerte.*»

«*Era el mirlo, Domine Abbas*» – dijo el joven monje – «*a menudo canta en febrero, por muy frío que haga.*»

«*¡Oh alma, oh Diarmait!, ¿no es maravilloso que las pequeñas criaturas sin razón alaben a Dios de dulce manera en la oscura noche, mientras nosotros buscamos con placer la calidez y olvidamos alabarle?*» Luego prosiguió:

«*De buena gana habría seguido escuchando este canto, incluso hasta el día siguiente; y sin embargo no era más que el canto de un puñado de tierra envuelto en plumas. ¡Oh alma, dime qué debe ser escuchar el canto de un ángel, una parte del cielo, envuelta en la gloria del amor de Dios!*»

De los cuarenta días pasaron treinta y, a veces, cuando el viento no soplababa, era luminoso y apacible entre las rocas, pues el sol cobraba fuerza y los días se alargaban. De los pardos árboles brotaban innumerables yemas verde pálido y flores silvestres florecían entre los pedruscos sobre el césped de la montaña.

Cerca de su refugio había un murete de roca, cubierto de hiedra, y al pasar una vez Diarmait por allí, un pájaro pardo salió disparado de entre las hojas. El joven monje miró hacia donde había salido y ¡he aquí! bajo las hojas de hiedra yacía un nido forrado de hierba y en él había tres delicados huevos de un azul verdoso. Y Diarmait reconoció al pájaro y los huevos y se lo contó al abad, que se acercó sigilosamente y miró con gran amor en aquella casa abierta con los tres huevos de la madre mirlo.

«*No nos acerquemos demasiado, hijo mío*» – dijo – «*para no ahuyentar a la madre de su cría y, con ello, los dulces sones en las frías horas antes del alba.*»

Y con la mano alzada bendijo el nido y al pájaro. Desde entonces, pasaban muy raramente junto a la hiedra.

Tras días de tiempo claro y templado, sopló un viento cortante del norte que trajo nieve, granizo y un frío penetrante. Los bosques aullaban de miseria por la tempestad, y las grises piedras del monte rodaban unas contra otras con desazón. El crudo frío y el desvelo fueron el destino de los monjes en la gruta, y mientras tiritaban de frío, el abad se acordó del mirlo en su nido y de los blancos copos que caían entre las hojas de hiedra y empapaban de fría humedad a la que incubaba. Alzó su cabeza del lecho de piedra y rogó al Señor de los elementos que protegiera al pájaro, diciendo:

«¡Cuán grande es tu amorosa bondad, oh Dios! por eso los hijos de los Hombres cobijan su confianza bajo la sombra de tus alas.» – Luego añadió:

«Mira hacia fuera en la noche, oh hijo mío, y dime si la tormenta ha amainado»

Y Diarmait, estremeciéndose, fue a la entrada de la cueva, miró fuera y exclamó en voz baja:

«¡Domine Abbas! ¡Señor mío, Abad!»

Kenach se levantó rápidamente y se acercó a él, y cuando miraron hacia fuera, la humedad les azotó los rostros, mas en medio de la tormenta había un resplandor como el brillo de la luna. La luz emanaba de un ángel que, con las alas extendidas, estaba ante el murete de roca y protegía el nido del mirlo del gélido aliento. Los monjes contemplaron en silencio la luminosa hermosura del ángel hasta que el viento amainó, la nieve cesó y la luz se desvaneció; las estrellas brillaron y la noche quedó en calma.

Al ponerse el sol del día siguiente, mientras el abad estaba en la cueva, el joven monje, erguido entre los pedruscos, vio acercarse a una mujer que llevaba un niño en brazos. Santiguándose, le gritó:

«¡No te acerques más, vuelve tu rostro hacia el bosque y vete!»

«No» – respondió la mujer – «pues buscamos cobijo para la noche y alimento y el consuelo del fuego para este pequeño»

«¡Baja, baja!» – gritó Diarmait – «¡Ninguna mujer debe entrar en este eremitorio!»

«¿Cómo puedes decir eso, oh monje?» – dijo la mujer – «¿Era acaso el Señor Cristo peor que tú? Cristo vino para redimir a la mujer, no menos que al hombre»

Diciendo esto, pasó junto a Diarmait, entró en la cueva y, depositando al niño en el suelo, tomó el fuelle y avivó el fuego, luego lavó al niño, lo acostó y lo arropó con su manto. Hecho esto, alimentó a los monjes, que estaban helados y hambrientos, con la leche que había traído y con pan, y les dio de beber. Y todo lo hacía con tanta dulzura y presteza que Diarmait, que la observaba, sintió vergüenza de sus palabras y de la dureza de su corazón.

Cuando ella hubo hecho todo esto, se sentó y arrulló a su hijo en el regazo, meciéndose suavemente. Luego, levantando la vista hacia los monjes, les dijo:

«Ahora, decidme, ¿qué habéis visto en la noche que os ha turbado tanto?»

Y el abad le contó la visión del ángel protegiendo el nido del mirlo.

Cuando terminó, la mujer tomó al niño en brazos, lo alzó y, volviéndose hacia Diarmait, le dijo:

«Acércate, joven monje, y mira a este niño»

Diarmait se acercó temblando y vio que el niño le sonreía y extendía sus manitas hacia él. Y la mujer dijo:

«Toma al niño en tus brazos, pues te ha perdonado»

Y Diarmait, con lágrimas en los ojos, tomó al niño en sus brazos y sintió que un gran calor y una gran paz inundaban su corazón.

Y el niño le acarició el rostro y le susurró al oído:

«*No temas, yo estoy contigo*»

Entonces la mujer tomó de nuevo al niño y, levantándose, dijo:

«*Ahora debo irme. Pero recordad siempre lo que habéis visto esta noche: el amor de Dios protege a las más pequeñas de sus criaturas y se complace en la misericordia*»

Dicho esto, salió de la cueva y desapareció en la noche. Los monjes quedaron en silencio, con el corazón rebosante de asombro y gratitud.

Y desde aquel día, en aquella región de Irlanda bañada por el mar, al mirlo se le conoce como

«**La pequeña esposa de Kenach**»

En cuanto a *la piedra* sobre la que se encendió el fuego ante la cueva, la lluvia se convierte allí en niebla que la mantiene seca, la nieve no cuaja sobre ella, y hasta en el más crudo invierno permanece caliente. Hasta el día de hoy se la conoce como “*la piedra de la gracia*”.